



Cualquiera de la infinidad de criadas



que habíamos tenido antes de que la desgracia descendiese sobre nuestras cabezas sumiéndonos en una mendacidad de la que iba a resultarnos muy difícil salir en tanto no asumiéramos uno por uno la verdad de qué nos estaba pasando y lográsemos hacer comprender a todos los demás — incluso a don Sisenio el cura, que nos había dado la espalda muy alarmado y ya ni quería venir a jugar con el abuelo y los otros temeroso, tal vez, de que no le fuésemos a dar de merendar — que no, que no nos habíamos vuelto ni más pobres ni menos menesterosos de lo que ya fuésemos; que el problema no era ese y que no habían entendido mal.

-Eso ya lo sabemos — repuso mamá en cierta ocasión sin inmutarse sirviendo, aquella noche, con naturalidad encantadora, un cucharón de mazamorrilla en cada plato —; pero habrás de convenir en que habiendo dicho, llanamente, “una mentira”, todo estaría resultando más auténtico, no tan de cartón piedra.

Y me miraba acusadora, como si yo fuese “el” culpable, yo quien no había sabido evidenciar con las palabras, con sus palabras, la verosimilitud del mundo en que nos movíamos y nuestras situaciones respectivas; el papel, en una palabra — “a ser posible”, no dejaba de encarecer doña Telma aunque, y eso que algunos tenían una capacidad de síntesis digna de encomio, podían ser algunas veces hasta diez o doce — que cada uno estábamos desempeñando dentro de él.

Papá, entonces y justo ahí salvo que estuviera siendo Ciriaco del Valle tan despistado, solía decir indefectiblemente “bueno”.

-Bueno — papá **posando porque, a veces, cuando por poner por caso el monótono transcurrir del cada día se quebraba con algún acontecimiento que quedase muy, muy fuera de lo usual, se transformaba en un ser pensante y sintiente y, aquella noche, ya porque mamá estuviese algo alterada por culpa del tío Astolfo, o incluso del tío Emiliano, como era tan sensible,**

o ya porque distraída con sus cosas pelase patatas de más o pusiera agua de menos el caso fue que la mazamorrilla salió tan espesa que era imposible comerla con cuchara y, por eso, papá pudo posar el tenedor en el borde del plato con perfecta sensatez y, con todo el aplomo que la ocasión requería, proseguir —: dadle tiempo y se irá soltando, como nos hemos ido soltando y acostumbrando todos; nadie nace enseñado y hemos de tener en cuenta —consideró, contemplando caviloso el plato y retomando el tenedor — que esto es nada más el principio.

-Vaya, icómo lo siento! — Mamá, mirando también su plato con cara de enorme desolación —, pero es la primera vez que... En fin, procuraré...

- ¡Pero, chiquitina — la abuela, pobre, con aquella lengüecilla —, todos cometemos fallos!, pequeños errores, algún acto que no armoniza con la esencia de nuestro propio ser que confunde no sólo a los demás sino a nosotros mismos...

-Oh — mamá, de súbito calmada y arrancándole suavemente de las manos el conejo que había hecho con la servilleta y, había de suponerse, enorme dificultad —, eso es evidente pero, aun así...

-Aun así — Quiteria que de forma inexplicable *«tan parlanchina» como, por utilizar uno de los eufemismos muy del gusto del tío Emiliano, acostumbraba mostrarse, hoy permanecía silenciosa y con la mirada perdida en Dios sabe qué punto de luz de los muchos que iluminaban, aquí y allá, la lujosa estancia en que habitaba inundándola hasta el último rincón al extremo, inusitado, de que algún ángulo no del todo muerto pero casi se desperezaba bostezando ruidosamente al sentir el roce leve, suave, de la mano de la abuela intentando con ademán demasiado brusco para una complexión tan endeble no dejarse arrebatarse su obra de arte* volvió en sí con un pequeño respingo rompiendo con un hilo de su voz más bien chillona el hechizo del lugar y poniendo en su sitio la jarra del

agua que alguien había colocado encima de la lavadora cuando, nadie lo podía ignorar a aquellas alturas, ahí iba de siempre la barra de pan **apuntando**, a continuación —: no pasa nada por no ser en todo momento y absolutamente a tope lo que debe darse por hecho que se puede llegar a ser...

Y, devolviendo el conejo a las manos de la abuela que — si la lograbas convencer de que era un juego, ¡angelito!— hipaba llorosa, *que cuando se coloca el listón demasiado alto se corre el riesgo de no poderlo saltar.*

Luego, tras una sacudida como cuando se siente en el codo una bocanada de aire frío frotándose quien la nota los brazos con ambas manos, dio un par de palmaditas y declaró muy contenta y con su voz de siempre que ya estaba bien, y que no quería más mazamorrilla y que ardía en deseos de ponerse a trabajar.

Y aunque mamá hubo de disponer deprisa y corriendo que sin haber ni levantado los manteles ni pasado a la salita rosa a tomar el café vinieran a llevársela *entre cuatro...o cinco, porque uno de los designados ese día tenía un gemelo del que no se separaba jamás, y la subieran a la habitación y la encerraran y le administrasen la pastilla que cuál iba a ser «pues la que se le da siempre cuando se pone con el berrengue», dijo, y que encontrarían el tubo en el armarito del baño pero sólo si se daban prisa porque, de lo contrario, papá se adelantaría a esconderlas para que no se las tomara porque solía estar encantado de que alguien tuviese uno de esos momentitos de sentido común que permitían que regresáramos, todos, a la normalidad y, él, a su laboratorio a continuar con sus estudios* se sintió bastante satisfecha de sí misma porque, si era cierto que no había estado del todo brillante, no era menos verdad que su actuación había resultado perfectamente digna para tratarse de una primera vez *aun a sabiendas de que qué más daba porque la mutabilidad del espacio en que nos*

movíamos y el estancamiento a que el tiempo por naturaleza huidizo se dejaba someter a duras penas se estaban cobrando un tributo extraño y en una especie rara, inútil para su exiguo fin, tan harto lábil aparentando, eso sí, no darse cuenta ni importancia y, más, considerando — como él tan bien dijese — que esto, “aquello” en su caso, era sólo el principio salvo en el supuesto, poco probable, de que aun tan despistado no estuviese siendo — ya por propia voluntad expresada de viva voz y libremente, ya por indicación de la señorita de turno obedecida a regañadientes — aunque nada más de manera ocasional y por puro compromiso alguien tan meticuloso, obsesivo y tenaz, como Ciriaco del Valle.

Estas “intromisiones”, decía la señorita Violeta, “tan largas y prolijas y farragosas; a mí... ¿qué queréis que os diga?: me sacan de quicio”.